

Federico Patán

**La piedra
en el pozo
de
Luis Roberto
Vera**

Todo libro de poemas es un itinerario. Etapa el libro en sí, etapa cada poema que lo compone. Y pocas veces se ha comprobado esto tan claramente como en *La piedra en el pozo*, de Luis Roberto Vera. Leerlo es acompañar al autor en su cuidadoso tránsito por una serie de recuerdos, de vivencias, de visiones que se le han vuelto poesía. Poesía empeñosamente entregada al rito de la purificación.

He gustado de este libro. Desde él, una voz me ha entregado, seguirá entregándome, una serie de imágenes cargadas —éstas más que aquéllas— de significado. Y en mucho, esto es la poesía: encontrar la rica brevedad de una imagen totalizadora. El libro de Luis Roberto Vera abunda en preciosísimos hallazgos: “una playa en la memoria/ donde la soledad se haga sonora”; o bien: “Una primavera duerme aún/ en las cuencas vacías donde sopla el tiempo”. Aquí tenemos el estremecimiento de lo íntimo y de lo recóndito. Aquí el poeta cala hondo y me trae a la memoria un dicho hebreo: el agua tranquila llega profundo.

Agua tranquila, sí. Tranquila gracias al esfuerzo del poeta. En mucho de su libro, sobre todo en las primeras partes, hay en el autor el ansia de decir sin descubrirse, sin lanzarse al desgarró; el ansia de imponerse la contención. Esto significa lucha y algunos poemas —pocos— conservan las cicatrices del encuentro. Pero el poemario triunfa cabalmente. Hay en él una serenidad plena de ecos para quien la escuche. Por momentos pensaba yo en ciertos aspectos de la poesía oriental, quizás en mayor medida en “La sombra en el brocal”. Esa serenidad llena de tensiones constituye a la vez confianza y reto para el lector: la confianza de sentirse invitado a compartir un mundo y el reto de ver hasta dónde logra compartirlo. Muchos poemas de

Vera muestran la obsesión de lo comprimido, la búsqueda terca de la esencia, la avidez de dar mucho en poco. De aquí que el reto lanzado al lector conlleve la recompensa, primero, de la expresividad y, segundo, del desentrañamiento: “Penetrante equilibrio/ de un ciruelo en flor,/ fugaz.”

Itinerario de apariencia tranquila, el libro es muy visual e insiste en que las imágenes digan. A ellas queda la labor primigenia: a una imagen sucede otra, y luego otra, todas como aparte, como separadas, hasta que en la mente de quien lee se unen de súbito en una totalidad significativa y el poema adquiere todo su propósito y toda su belleza. Y ocurre esto partiendo de lo cotidiano. Otra virtud de Vera es la capacidad de encontrar lo poético de lo ordinario o bien cargar a este último de poesía. Cuando en “Círculos en el agua” cubrimos una geografía de lo más variado, esa capacidad surge cabal, aunque también la encontramos en otros momentos de la obra. En estos poemas descriptivos de lo esencial, el poeta exige el máximo de su idioma: una línea anuncia; dos, tres, cuatro líneas entregan lo nu-

clear, lo psicológico diríamos, de un paisaje. Y sucede que —paradoja de presencia constante en cierta poesía— cuanto más desnudo el verbo, más rica su lectura.

Y de pronto, el libro resquebraja su línea de desarrollo y nos topamos con un elemento nuevo, al que tal vez llamara yo amargura. Penetran en los poemas imágenes de ruptura, de polvo y decadencia, hasta ese entonces ausentes: casas ruinosas, sótanos que se hundan, arrumbados desechos, losas resquebrajadas. Y aparece en las preocupaciones del poeta el simple transcurrir de la existencia: “También el tiempo la borraré/ una breve primavera/ dentro de ti”, “el futuro,/ al que no alcanzamos sino en la muerte”, “el silencio/ te traiga a los huesos la humedad de la última noche”. Y una nueva dimensión ha llegado con lo que leemos. Por ello calificaba este libro de itinerario: lleva un transcurrir cronológico y vamos así pesando el crecer del poeta. De la contención inicial a la aparición de una profunda inquietud y, luego, a un obvio y rabioso dolor, expresado con los dientes apretados: “Y en Santiago de Chile/ tus amigos caen en las calles...”, “fraternalmente huesos esparcidos insepultos”, “El círculo de los buitres acecha en la línea del alba”.

Y el libro termina. Y el poeta nos abandona. Lo hemos acompañado en su maduración, la cual ha puesto clara y precisa ante nuestros ojos. Vinimos con él, página tras página, en el gradual tendido de sus motivos y de sus formas. En todo ello captamos la presencia de un ser que sabe decir y tiene qué decir. Para mi gusto, estamos ante un primer libro germinado de promesas y logros. Un primer libro que es poesía.

Vera, Luis Roberto, *La piedra en el pozo*, México, D.F., Ediciones de la Quinta Estación, 1968, 84 pp.



Dibujos de Saul Steinberg